

La afectividad y la Eucaristía

por Fr. Timoythy Radcliffe OP

Conferencia dictada en las XXXIV Jornadas Nacionales de Pastoral Juvenil de la Conferencia Española de Religiosos y Religiosas.

No estoy seguro del significado exacto de la palabra ‘afectividad’ en español. En inglés ‘affectivity’ implica no sólo la capacidad de amar, sino también nuestra forma de amar como seres sexuales, dotados de emociones, cuerpo y pasiones. En el cristianismo hablamos mucho sobre el amor, pero tenemos que amar como las personas que somos, sexuales, llenos de deseos, de fuertes emociones y de la necesidad de tocar y estar cerca del otro.

Es extraño que no se nos dé bien hablar de esto, porque el cristianismo es la más corporal de las religiones. Creemos que Dios creó estos cuerpos y dijo que eran muy buenos. Dios se hizo corporal en medio de nosotros, un ser humano como nosotros. Jesús nos dio el sacramento de su cuerpo y prometió la resurrección de nuestros cuerpos. Así pues deberíamos sentirnos en casa en nuestra naturaleza corporal, apasionada... ¡y cómodos al

hablar de afectividad! Pero a menudo cuando la Iglesia habla de esto, la gente no queda convencida. ¡No tenemos demasiada autoridad cuando hablamos de sexo! Quizás Dios se encarnó en Jesucristo pero nosotros todavía estamos aprendiendo a encarnarnos en nuestros propios cuerpos. ¡Tenemos que bajar de las nubes!

En una ocasión en que San Juan Crisóstomo estaba predicando sobre sexo notó que algunos se estaban ruborizando y se indignó: “¿Por qué os avergonzáis? ¿Es que esto no es puro? Os estáis comportando como herejes”.¹ Pensar que el sexo es repulsivo es un fracaso de la auténtica castidad y, según nada menos que Santo Tomás de Aquino, ¡un defecto moral! (*ST II-II.142.1*) Tenemos que aprender a amar como los seres sexuales y apasionados —a veces un poco desordenados— que somos, o no tendremos nada que decir sobre Dios, que es amor.

La Última Cena y la sexualidad

Quiero hablar de la Última Cena y la sexualidad. Puede que suene un poco extraño, pero pensad en ello un momento. Las palabras centrales de la Última Cena fueron “Este es mi cuerpo y os lo doy”. La eucaristía, como el sexo, se centra en el don del cuerpo. ¿Os habéis dado cuenta de que la primera carta de San Pablo a los corintios se mueve entre dos temas: la sexualidad y la eucaristía? Y es así porque Pablo sabe que necesitamos entender la una a la luz de la otra. Comprendemos la eucaristía a la luz de la sexualidad, y la sexualidad a la luz de la eucaristía.

Para nuestra sociedad es muy difícil entender esto porque tendemos a ver nuestros cuerpos simplemente como objetos que nos pertenecen. El otro día vi un libro sobre el cuerpo humano que se titulaba: “Hombre: todos los modelos, formas, tamaños y colores. Manual de usuario Haynes para propietarios”. (Haynes es la imprenta de una serie de manuales de todas las marcas de coches). Era el tipo de manual del propietario que te dan con un coche o una lavadora. Si piensas en tu cuerpo de esa manera, como algo más bien importante que posees junto con otras cosas, entonces los ac-

tos sexuales no son especialmente significativos. Puedo hacer lo que me parezca con mis cosas en tanto en cuanto no haga daño a nadie. Puedo usar mi lavadora para mezclar pintura o hacer pasteles. Es mía. Y según esto ¿por qué no puedo hacer lo que yo quiera con mi cuerpo? Esta es nuestra forma natural de pensar porque a partir del siglo XVII hemos absolutizado bastante los derechos de los propietarios. Ser humano es poseer.

Pero la Última Cena apunta hacia una tradición más antigua y más sabia. El cuerpo no es simplemente una cosa que poseo, soy yo, es mi ser como don recibido de mis padres, y de sus padres antes de ellos, y en última instancia de Dios. Por eso cuando Jesús dice ‘Este es mi cuerpo y yo os lo entrego’, no está disponiendo de algo que le pertenece, está pasando a los demás el don que El es. Su ser es un don del Padre que El está transmitiendo.

La relación sexual está llamada a ser una forma de vivir esa entrega de sí mismo. Aquí estoy, y me entrego a ti, con todo lo que soy, ahora y por siempre. Entonces la eucaristía nos ayuda a entender lo que significa para nosotros ser

seres sexuales y nuestra sexualidad nos ayuda a comprender la eucaristía. Generalmente se ve la ética sexual cristiana como restrictiva comparada con las costumbres contemporáneas. ¡La Iglesia te dice exactamente lo que no te está permitido hacer! En realidad la base de la ética sexual cristiana es el aprendizaje de cómo vivir relaciones de entrega mutua.

La Última Cena fue un momento de crisis inevitable en el amor de Jesús por sus discípulos. Este fue el momento por el que tuvo que pasar en su camino del nacimiento a la resurrección, el momento en el que todo explotó. Fue vendido por uno de sus amigos; la roca, Pedro, estaba a punto de negarle, y la mayoría de sus discípulos saldrían corriendo. ¡Como de costumbre fueron las mujeres las que se mantuvieron tranquilas y permanecieron con él hasta el final! Jesús en la Última Cena no salió huyendo de la crisis sino que cogió el toro por los cuernos. Tomó la traición, el fracaso del amor y lo transformó en un momento de donación: 'Me entrego a vosotros. Vosotros me entregaréis a los romanos para que me maten. Me entregaréis a la muerte, pero yo hago de este momento un momento de don, ahora y por siempre.'

Llegar a ser gente madura que ama significa que nos encontraremos con estas crisis inevitables, en las que parece que el mundo se hace añicos. Esto ocurre con mucho dramatismo cuando somos adolescentes, y puede ocurrir toda nuestra vida, tanto si nos casamos como si nos hacemos religiosos o sacerdotes. Con frecuencia la gente tiene este tipo de crisis cinco o seis años después de hacer su compromiso, en el matrimonio o la ordenación sacerdotal. Tenemos que afrontarlas.

Jesús podría haberse escapado saliendo por la puerta de atrás y haber huido. Podría haber rechazado a los discípulos y no haber tenido nada más que ver con ellos. Pero no, El afrontó el momento en fe. Y solamente seremos capaces de ayudar a la gente joven a hacer esto si nosotros mismos hemos pasado por momentos así y los hemos afrontado. ¡Yo ciertamente lo he hecho! Recuerdo que unos años después de la ordenación me enamoré fuertemente de alguien. Por primera vez aquí estaba alguien con quien me casaría encantado y que estaría encantada de casarse conmigo. Aquí estaba el momento de la elección. Yo había hecho profesión solemne con alegría, amaba a mis hermanos y hermanas dominicos, amaba la misión de la Orden. Pero cuando hice la profesión tenía una pequeña burbuja de fantasía en la cabeza: 'Me pregunto cómo sería estar casado'.

En ese momento tuve que aceptar la elección que había hecho en mi profesión solemne, o mejor, tenía que aceptar la elección que Dios había hecho por mí, que ésta era la vida a la que Dios me llamaba. Fue un momento doloroso, pero también un tiempo de felicidad. Era muy feliz porque amaba a esta persona, y todavía somos muy buenos amigos. Era un momento de felicidad porque estaba siendo liberado de la fantasía que yo había mantenido viva en la profesión solemne. Poco a poco estaba bajando de las nubes. Mi corazón y mi mente estaban teniendo que encarnarse en la persona que soy, con la vida que Dios ha elegido para mí, en carne y hueso. La crisis me hizo poner los pies en la tierra.

Para la mayoría de nosotros esto no ocurre solamente una vez. Podemos atravesar varias crisis de afectividad a lo largo de nuestra vida. Yo ciertamente las he pasado y quién sabe lo que puede haber a la vuelta de la esquina. Pero tenemos que afrontarlas, como hizo Jesús en la Última Cena, con coraje y confianza. Entonces, si lo hacemos, poco a poco entraremos en nuestro mundo real de carne y hueso.

Un benedictino irlandés llamado Mark Patrick Hederman escribió, 'El amor es el único ímpetu que es suficientemente desbordante como para forzarnos a abandonar el confortable refugio de nuestra bien armada individualidad, despojarnos de la impenetrable concha de autosuficiencia, y salir gateando desnudos a la zona de peligro que está más allá, el crisol donde la individualidad es purificada para hacerse persona'.² Y si no creéis a un benedictino irlandés, seguro que creeréis a santo Tomás de Aquino: 'La persona que ama debe por tanto aflojar ese cerco que le mantenía dentro de sus propios límites. Por esa razón se dice del amor que derrite el corazón: el que está derretido ya no está contenido dentro de sus propios límites, muy al contrario de lo que ocurre en ese estado que corresponde a la 'dureza de corazón.'³ Solamente el amor rompe nuestra dureza de corazón y nos da corazones de carne.

Abrirse al amor es muy peligroso. Uno probablemente se haga daño. La Última Cena es la historia del riesgo del amor. Es por esto es por lo que Jesús murió, porque amó. Uno despertará deseos y pasiones profundos y desconcertantes, puede correr peligro de arruinar la propia vocación o de vivir una doble vida. Necesitará de la gracia si quiere sortear los peligros, pero no abrirse al amor es aún más peligroso, es mortal. Escuchad a C.S. Lewis: 'Amar en cualquier caso es ser vulnerable. Ama algo y tu co-

razón ciertamente estará partido y posiblemente roto. Si quieres asegurarte de mantenerlo intacto, no debes entregarle tu corazón a nadie, ni siquiera a un animal. Envuélvelo cuidadosamente en hobbies y pequeños lujos; evita todo enredo amoroso; enciérralo seguro en la urna o el ataúd de tu egoísmo. Pero en la urna —segura,

oscura, inmóvil, sin aire— cambiará. No se romperá; se volverá irrompible, impenetrable, irredimible. La alternativa a la tragedia, o al menos al riesgo de tragedia, es la condenación. El único sitio aparte del cielo donde puedes estar perfectamente a salvo de todos los peligros y perturbaciones del amor es el infierno'.⁴

La celebración real del amor

Cuando celebramos la eucaristía recordamos que la sangre de Cristo es derramada 'por ti y por todos'. El misterio del amor en lo más profundo es a la vez particular y universal. Si nuestro amor es sólo particular, entonces corre el riesgo de volverse introvertido y sofocante. Si es solamente un vago amor universal por toda la humanidad, entonces corre el riesgo de volverse vacío y sin sentido. La tentación para una pareja debe de ser tenerse un amor que es intenso pero encerrado y exclusivo. A menudo se salva de ser destructivo gracias a la llegada de una tercera persona, el niño que expande su amor. La tentación de los célibes podría ser tender hacia un amor que es solamente universal, un vago y cálido amor por toda la humanidad. Dickens nos habla en *Bleak House* de Mrs. Jellyby que tenía una 'filantropía telescópica', porque no podía ver nada que estuviera más acá de Africa. Amaba a los africanos en general, pero ni siquiera se percató de la existencia de sus propios hijos.

No podemos refugiarnos en esa filantropía telescópica. Acercarse al misterio del amor significará también que amaremos personas concretas, algunas con amistad, otras con profundo afecto. Tenemos que aprender a integrar esos amores en nuestra identidad como religiosos, como casados o solteros. Me dicen que en el pasado se solía advertir a los religiosos contra las 'amistades particulares'. Nuestro venerable Gervase Matthew siempre decía que ¡le daban más miedo las 'enemistades particulares'!

Bede Jarret OP fue provincial de la provincia de Inglaterra de los dominicos en los años 30. En una ocasión escribió una carta preciosa a un joven benedictino llamado Hubert van Zeller, que llegó a ser un famoso autor espiritual después de la guerra. Este joven monje se había enamorado de alguien a quien sólo conocemos como P. Fue una experiencia espantosa. Temía que fuera el final de su vocación religiosa. Bede vio que era el principio. Permitidme que os lea una larga cita. Es impresionante pensar que está escrita hace setenta años.

'Me alegro (de que te hayas enamorado) porque creo que tu tentación ha sido siempre hacia el puritanismo, una estrechez, una cierta falta de humanidad. Tu tendencia era casi hacia la negación de la santificación de la materia. Estabas enamorado del Señor pero no auténticamente enamorado de la encarnación. Estabas realmente asustado. Pensaste (aquí me tienes achacándote toda clase de maldades sin permiso) que si en algún momento te relajabas saltarías por los aires. Estabas lleno de inhibiciones. Casi te mataron. Casi mataron tu humanidad. Te daba miedo la vida porque querías ser santo y sabías que eras un artista. El artista que hay en ti veía belleza por todas partes; el hombre que quería ser santo en ti decía "Caramba, pero eso es terriblemente peligroso", el novicio dentro de ti decía, "Mantén los ojos bien cerrados", el Claud (su nombre de pila) casi saltó por los aires. Si P no hubiera entrado en tu vida, podrías haber explotado. Creo que P salvará tu vida. Diré una misa en acción de gracias por lo que P ha sido, y hecho, por ti. Hace mucho tiempo que necesitabas de P. Tus parientes no podrían sustituirla. Tampoco los viejos y corpulentos provinciales'.⁵

¡No estoy sugiriendo que deberíamos salir todos corriendo de aquí a intentar buscar alguien a quien amar! Dios nos envía los amores y las amistades que son parte de nuestro camino hacia El, que es la plenitud del amor. Esperamos a quienes Dios nos envía y cuándo y cómo El los envía. Pero cuando llegan, entonces debemos afrontar el momento, como hizo Jesús en la Última Cena.

Cuando amemos a alguien profundamente, entonces tendremos que aprender a ser castos. Cada uno, soltero, casado o religioso está llamado a la castidad. Esta no es una palabra popular en estos días, suena mojigata, fría, distante, medio muerta, nada atractiva. Herbert McCabe OP escribió que 'la castidad que no es una manifestación de amor es meramente el cadáver de la verdadera castidad'.⁶

La castidad no es en primer lugar la supresión del deseo, al menos según la tradición de

Santo Tomás de Aquino. El deseo y las pasiones contienen verdades profundas sobre quiénes somos y qué necesitamos. El simplemente suprimirlas nos hará seres muertos espiritualmente o hará que algún día nos disparemos. Tenemos que educar nuestros deseos, abrir sus ojos a lo que realmente quieren, liberarlos de los pequeños placeres. Necesitamos desear más profundamente y con mayor claridad.

Santo Tomás escribió algo que es fácilmente mal entendido. Decía que la castidad es vivir conforme al orden de la razón (II,II,151.1). Esto suena muy frío y cerebral, como si ser casto fuera una cuestión de poder mental. Pero para Tomás 'ratio' significa vivir en el mundo real, 'de conformidad con la verdad de las cosas reales'.⁷ Es decir, vivir en la realidad de quién soy y quiénes son realmente las personas a las que amo. La pasión y el deseo pueden llevarnos a vivir en la fantasía. La castidad nos hace bajar de las nu-

bes, viendo las cosas como son. Para los religiosos, o a veces para los solteros, puede darse la tentación de refugiarse en la fantasía perniciosa de que somos etéreas figuras angelicales, que no tienen nada que ver con el sexo. Eso puede parecer castidad, pero es una perversión de la misma. Esto me recuerda a uno de mis hermanos que fue a decir misa a un convento. La hermana que le abrió la puerta le miró y dijo: 'Ah, es usted, Padre. Estaba esperando a un hombre'.

Es difícil imaginar una celebración del amor más realista que la Última Cena. No tiene nada de romántica. Jesús les dice a sus discípulos sencilla y llanamente que esto es el final, que uno de ellos le ha traicionado, que Pedro le negará, que los demás huirán. No es una escena de amorcitos a la luz de las velas en un restaurante, esto es realismo llevado al extremo. Un amor eucarístico nos enfrenta de lleno con la complejidad del amor, con sus fracasos y su victoria final.

Liberar al deseo de sus fantasías

¿Cuáles son las fantasías en las que nos puede atrapar el deseo? Yo sugeriría dos. Una es la tentación de pensar que la otra persona lo es todo, todo lo que buscamos, la solución a todos nuestros anhelos. Esto es un capricho pasajero. La otra es no ver como es debido la humanidad de la otra persona, para hacerla simplemente carne de consumo. Esto es la lujuria. Estas dos ilusiones no son tan diferentes como podrían parecer a primera vista, la una es el reflejo exacto de la otra.

Supongo que todos nosotros hemos conocido momentos de total encaprichamiento, cuando alguien se convierte en el objeto de todos nuestros deseos, y en símbolo de todo lo que hemos anhelado, en la respuesta a todas nuestras necesidades. Si no llegamos a ser uno con esa persona, entonces nuestra vida no tiene sentido, está vacía. La persona amada llega a ser para nosotros la respuesta a ese pozo de necesidad grande y profundo que descubrimos dentro de nosotros. Pensamos en esa persona todo el día. Como Shakespeare escribió tan bien:

*De día mis miembros y de noche mi mente
no encuentran paz ni para ti ni para mí.*

O, para ser un poco más actual, la cara del amado es como el salvapantallas del ordenador. En el momento que uno se para a pensar en alguna otra cosa, ahí lo tienes. Es como una prisión, una esclavitud, pero una esclavitud que no

queremos dejar. Divinizamos a la persona amada, y la ponemos en el lugar de Dios. Por supuesto lo que estamos adorando es nuestra propia creación, es una proyección. Quizás casi todo amor verdadero pasa por esta fase obsesiva. La única cura para esto es vivir día a día con la persona amada y ver que no es Dios, sino solamente su hijo o hija. El amor empieza cuando somos curados de esta ilusión y estamos cara a cara con una persona real y no con una proyección de nuestros deseos. Como dice Octavio Paz 'el amor descubre la realidad al deseo'.⁸

¿Qué buscamos en todo esto? ¿Qué nos mueve a encapricharnos? Yo sólo puedo hablar personalmente. Yo diría que lo que ha habido siempre detrás de mis turbulencias emocionales ha sido el deseo de intimidad. Es el anhelo de ser totalmente uno, de disolver los límites entre uno mismo y otra persona, para perderse en otra persona, para buscar la comunión pura y total. Más que pasión sexual, creo que es la intimidad lo que buscan la mayoría de los seres humanos. Si vamos a vivir pasando por crisis de afectividad, creo que entonces tenemos que que aceptar nuestra necesidad de intimidad.

Nuestra sociedad está construida alrededor del mito de la unión sexual como culminación de toda intimidad. Este momento de ternura y de la unión física total es el que nos lleva a la intimidad total y la comunión absoluta. Mucha gente no tiene esta intimidad porque no están casados, o porque sus matrimonios no son felices, o por-

que son religiosos o sacerdotes. Y podemos sentirnos excluidos injustamente de aquello que es nuestra necesidad más profunda. ¡Esto no parece que sea justo! ¿Cómo puede excluirme Dios de este deseo profundo?

Yo creo que cada ser humano, casado o soltero, religioso o laico, tiene que aceptar las limitaciones de la intimidad que podemos conocer ahora. El sueño de comunión plena es un mito, que lleva a algunos religiosos a desear estar casados, y a muchos casados a desear estarlo con otra persona diferente. La intimidad verdadera y feliz sólo es posible si aceptamos sus limitaciones. Podemos proyectar en las parejas de casados una intimidad total y maravillosa que es imposible pero que es la proyección de nuestros sueños. El poeta Rilke entendió que no podría haber verdadera intimidad entre una pareja hasta que uno no cae en la cuenta de que cada cual en cierta forma permanece solo. Cada ser humano conserva soledad, un espacio a su alrededor, que no puede ser eliminado. 'Un buen matrimonio es aquel en el que cada cual nombra al otro guardián de su soledad, y le muestra su confianza, lo más grande que puede entregarle... Una vez que se acepta que incluso entre los seres humanos más cercanos sigue existiendo una distancia infinita, puede crecer una forma maravillosa de vivir uno al lado del otro, si logran amar la distancia que existe entre ellos que le permite a cada cual ver en su totalidad el perfil del otro recortado contra un amplio cielo'.⁹

Ciertamente ninguna persona puede ofrecernos esa plenitud de realización que deseamos. Eso solamente se encuentra en Dios. Rowan Williams, Arzobispo de Canterbury y hombre casado, escribió, 'El yo se vuelve adulto y veraz al enfrentarse con el carácter incurable de su deseo: el mundo es tal que ninguna cosa otorgará al yo una identidad colmada y completa'.¹⁰ O, para citar a Jean Vanier, 'La soledad es parte del ser humano, porque no existe nada que pueda llenar completamente las necesidades del corazón humano'.¹¹

Para los que están casados es posible una maravillosa intimidad una vez que, como dice Rilke, se acepta que somos guardianes de la soledad de la otra persona. Y los que somos solteros o célibes, podemos descubrir también una intimidad con los otros profundamente hermosa. Intimidad viene del latín *intimare*, que significa estar en contacto con lo que está más al interior de otra persona. Como religioso, mi voto de castidad me posibilita el ser increíblemente íntimo con otras personas. Porque no tengo intenciones ocultas, y

mi amor no debería ser devorador o posesivo, es por lo que puedo acercarme muchísimo al fondo de la vida de la gente.

La trampa opuesta al encaprichamiento no es hacer de la otra persona Dios, sino hacerles un simple objeto, algo con lo que satisfacer mis necesidades sexuales. La lujuria nos cierra los ojos a la persona del otro, a su fragilidad y su bondad. Santo Tomás dice, escribiendo sobre la castidad, que el león ve al venado como presa, y la lujuria nos hace cazadores, depredadores que ven algo que devorar. Queremos simplemente un poco de carne, algo que poder devorar. Una vez más la castidad es vivir en el mundo real. La castidad nos abre los ojos para ver que lo que tenemos delante es efectivamente un cuerpo hermoso, pero ese cuerpo es alguien. Ese cuerpo no es un objeto sino un sujeto. Nuevamente cito a Hederman, 'El voto de castidad evita que el instinto natural del cazador ponga trampas y salte sobre otros como un depredador'.¹² Lo que ha sido tan estremecedor en estas historias de abusos sexuales frecuentemente es el hecho de que a menudo haya sido cuidadosamente planeado.

Puede dar la impresión de que la lujuria es pasión sexual fuera de control, deseo sexual salvaje. Pero San Agustín, que entendió el sexo muy bien, creía que la lujuria tenía que ver con el deseo de dominar a otras personas más que con el placer sexual. La lujuria es parte de la *libido dominandi*, el impulso de hacernos con el control y convertirnos en Dios. La lujuria tiene más que ver con el poder que con el sexo. Como escribió Sebastian Moore, 'La lujuria, pues, no es pasión sexual fuera del control de la voluntad, sino pasión sexual como tapadera de la voluntad de ser Dios... La tarea que tenemos delante no es someter la pasión sexual a la voluntad, sino devolverla al deseo, cuyo origen y fin es Dios, cuya liberación es la gracia de Dios manifestada en la vida, las enseñanzas, la crucifixión y resurrección de Jesucristo'.¹³

El primer paso para superar la lujuria no es suprimir el deseo, sino restaurarlo, liberarlo, descubrir que el deseo es por una persona y no por un objeto. Muchos de los tristes escándalos de abuso sexual de menores han venido de sacerdotes o religiosos que eran incapaces de enfrentarse a relaciones adultas con iguales. Solamente podían buscar relaciones en las que ellos tenían el poder y el control. Ellos tenían que permanecer invulnerables. En la Última Cena Jesús toma el pan y lo da a los discípulos diciendo 'Este es mi cuerpo que se entrega por vosotros'. El se entrega a sí mismo. En lugar de to-

mar el control sobre ellos, se entrega a los discípulos para que hagan con él lo que quieran. Y nosotros sabemos lo que harán. Es la inmensa vulnerabilidad del amor verdadero.

La lujuria y el capricho pasajero puede parecer dos cosas muy diferentes y sin embargo son reflejo la una de la otra. En el encaprichamiento uno convierte a la otra persona en Dios, y en la lujuria uno mismo se hace Dios. En el primer

caso uno se hace a sí mismo totalmente falto de poder, y en el segundo uno se arroga poder absoluto. Rowan William escribió que el amor ‘se mueve entre el egoísmo y la abnegación’.¹⁴ Te da un intenso sentido de ti mismo, y al mismo tiempo te hace desaparecer del mapa. Quizás la lujuria se da si prevalece el egoísmo, y el capricho pasajero si la abnegación es tan total que uno pierde toda identidad.

Aprender a amar a personas reales

Así pues castidad es vivir en el mundo real, viendo al otro como él o ella es y a mí mismo como soy. No somos ni divinos ni simplemente un trozo de carne. Los dos somos hijos de Dios. Tenemos nuestra historia. Hemos hecho votos y promesas. El otro tiene compromisos, quizás con una pareja o esposo. Nosotros como sacerdotes o religiosos nos hemos entregado a nuestras Ordenes o diócesis. Es tal como estamos, comprometidos y ligados a otros compromisos, como podemos aprender a amar con corazones y ojos abiertos.

Esto es duro porque vivimos en el mundo de internet y la World Wide Web. Es el mundo de la realidad virtual, donde podemos vivir en mundos de fantasía como si fueran reales. Vivimos en una cultura a la que le resulta difícil distinguir entre fantasía y realidad. Todo es posible en el mundo cibernético. Por eso la castidad es difícil. Es el dolor de descubrir la realidad. ¿Cómo podemos bajar a tierra?

Yo sugeriría tres pasos. Tenemos que aprender a abrir los ojos y ver los rostros de quienes están delante de nosotros. ¿Con qué frecuencia abrimos realmente los ojos para mirar a la cara de la gente y verles como son? Brian Pierce OP, un dominico de Estados Unidos, va a publicar pronto un libro que compara el pensamiento de Meister Eckhart, el místico dominico del siglo XIV, y Thich Nhat Hanh, un budista del siglo XX. Para ambos el comienzo de la vida contemplativa es estar en el momento presente, lo que el budista llama ‘consciencia’. Sólo es real el momento presente. Estoy vivo en este momento, y por tanto es en este momento en el que puedo encontrarme con Dios. Tengo que aprender la serenidad de dejar de inquietarme por el pasado y por el futuro. Ahora, el momento presente, es cuando comienza la eternidad. Eckhart pregunta, ‘¿Qué es hoy?’. Y él contesta, ‘Eternidad’

En la Última Cena Jesús se aferró ese momento presente. En lugar de inquietarse por lo que Judas había hecho, o porque los soldados se estaban acercando, el vivió el ahora, y tomó el

pan y lo partió y lo entregó a los discípulos diciendo, ‘Este es mi cuerpo, entregado por vosotros’. Cada eucaristía nos sumerge en ese ahora eterno. Es en este momento cuando podemos hacernos presentes a la otra persona, callados y quietos en su presencia. Ahora es el momento en el que puedo abrir los ojos y mirarla. Porque estoy tan ocupado, corriendo por todas partes, pensando en lo que pasará después, que puede ocurrir que no vea la cara que tengo frente a mí, su belleza y sus heridas, sus alegrías y sus penas. ¡En fin, la castidad implica abrir los ojos!

En segundo lugar, puedo aprender el arte de estar solo. No puedo estar a gusto con la gente a menos que sea capaz de sentirme a gusto solo algunas veces. Si me da miedo la soledad, entonces tomaré a otra gente no porque me deleite en ellos, sino como solución a mi problema. Veré a la gente simplemente como una forma de llenar mi vacío, mi espantosa soledad. Por tanto no seré capaz de alegrarme en ellos por su propio bien. Así que cuando uno esté presente con otra persona, que esté verdaderamente presente, y cuando está solo que aprenda a amar la soledad. De no ser así cuando uno está con otra persona, ¡se pegará a ella y la sofocará!

Finalmente, cada sociedad vive de sus historias. Nuestra sociedad tiene sus historias típicas. A menudo son historias románticas. El chico conoce a la chica (o a veces el chico conoce al chico), se enamoran y viven felices para siempre. Es una buena historia que se da con frecuencia. Pero si pensamos que es la única historia posible viviremos con posibilidades demasiado reducidas. Nuestra imaginación necesita ser alimentada con otras historias que nos hablen de formas de vivir y amar. Necesitamos abrir a los jóvenes la enorme diversidad de formas en las que podemos encontrar sentido y amor. Por eso eran tan importantes las vidas de los santos. Nos mostraban que había diferentes formas de amar heroicamente, como personas casadas o solteras, como religiosos o laicos. Yo me sentí muy conmovido

por la biografía de Nelson Mandela, *The Long Road to Freedom*. Es un hombre que dio toda su vida por la causa de la justicia y el derrocamiento del apartheid, y eso significó que no tuvo la clase de vida matrimonial que anhelaba, puesto que pasó años en la cárcel.

Así pues el primer paso de la castidad es bajar de las nubes. Muy rápidamente mencionaré otros dos pasos. El segundo paso, muy brevemente, es abrirnos al amor, para que no queden pequeños mundos a los que me repliego. El amor de Jesús se nos muestra cuando toma el pan y lo parte para que pueda ser compartido. Cuando descubrimos el amor no debemos conservarlo en un pequeño armario privado para nuestro deleite personal, como una secreta botella de whisky, guardada a escondidas para nuestro disfrute personal. Tenemos que compartir nuestros amores con nuestros amigos y con aquellos que amamos. De esta forma el amor particular se hace expansivo y sale al encuentro de la universalidad.

Sobre todo uno puede ensanchar el espacio para que Dios habite en cada amor. En cada historia concreta de amor puede vivir el misterio total del amor, que es Dios. Cuando amamos profundamente a alguien, Dios está ya ahí. Más que ver nuestros amores en competencia con Dios, éstos nos ofrecen lugares en los que podemos montar su tienda. Como Bede Jarret decía a Hubert van Sëller, ‘Si pensaras que lo único que puedes hacer es retirarte a tu concha, nunca verías cuán amoroso es Dios.. Debes amar a P. y buscar a Dios en P... Disfruta su amistad, paga el precio del dolor que trae consigo, recuérdalo en tu Misa y deja que El sea la tercera persona en ese amor.’ La apertura de la *Amistad Espiritual* [de Aelred of Rivaulx]: “Aquí estamos, tú y yo, y espero que entre nosotros Cristo sea un tercero”. Es precioso, ¿verdad? Si te alejas del amor nunca conocerás cuán amoroso es Dios. Pero a menos que dejes entrar a Dios en ese amor, y le honres ahí, nunca verás el misterio de ese amor. Si separamos nuestro amor a Dios y nuestro amor a las personas concretas, ambos se volverán agrios y enfermizos. Eso es lo que significa tener una doble vida.

El tercer paso, quizás el más difícil, es que nuestro amor ha de liberar a las personas. Todo amor, ya sea entre personas casadas o solteras, tiene que liberar. El amor entre marido y mujer debe abrir grandes espacios de libertad. Y esto es aún más cierto para los que somos sacerdotes o religiosos. Tenemos que amar para que los demás sean libres para amar a otros más que a

nosotros. San Agustín llama amigo del novio, *amicus sponsi*, al obispo. En inglés decimos ‘the best man’ en la boda. El ‘best man’ no trata de que la novia se enamore de él, ¡ni siquiera las damas de honor!, él está señalando hacia otro.

En una ocasión un dominico francés comparó a Dios con un caballero inglés, que es tan inmensamente discreto que no quiere imponerse de ninguna forma sobre aquellos a los que ama. Abrirá la puerta y se asomará para asegurarse de que están a gusto con su presente *inamorado* y después, por más que desearía quedarse, desaparecerá para no molestarles. Como dijo C.S. Lewis, ‘Es un privilegio divino ser siempre no tanto el amado como el amante’.¹⁵ Dios es siempre el que ama más de lo que es amado. Esa puede que sea nuestra vocación muy a menudo. Como dijo Auden: ‘Si el amor no puede ser igual que sea yo el más amante’.¹⁶

Esto implica negarse a dejar que la gente se vuelva demasiado dependiente de uno y no ocupar el centro de sus vidas. Uno debe estar siempre buscando otras formas de apoyo para la gente, otros pilares, para que nosotros podamos dejar de ser tan importantes. Así la pregunta que uno debe hacerse siempre es: ¿Está haciendo mi amor más fuerte a esta persona, más independiente, o la está haciendo más débil, y dependiente de mí?

¡Basta ya! Tengo que parar ahora, tras una última reflexión. Aprender a amar es un asunto difícil. No sabemos a dónde nos llevará. Nos encontraremos nuestra vida vuelta del revés. Seguramente a veces nos haremos daño. Sería más fácil tener corazones de piedra que corazones de carne, ¡pero entonces estaríamos muertos! Si estamos muertos, no podríamos hablar del Dios de la vida. ¿Pero cómo atrevernos a vivir pasando por esta muerte y resurrección?

En cada eucaristía recordamos que Jesús derramó su sangre por el perdón de los pecados. Esto no significa que tenía que aplacar a un Dios furioso. Ni siquiera significa solamente que si nos equivocamos podemos ir a confesar nuestros pecados y ser perdonados. Significa mucho más. Significa que, en todas nuestras luchas por ser personas que aman y están vivas, Dios está con nosotros. La gracia de Dios está con nosotros en los momentos de fracaso y de lío, para ponernos nuevamente en pie. De la misma forma que el domingo de pascua Dios convirtió el viernes santo en un día de bendición, podemos estar seguros de que todos nuestros intentos por amar darán fruto ¡Y por eso no tenemos que temer! Podemos adentrarnos en esta aventura, con confianza y coraje.

Notas

¹ 12th Homily on the Eph to the Colossians.

² Manikon Eros: Mad Crazy Love Dublin 2000 p.66

³ Comm on Sentences III, 25, 1,1, 4m

⁴ The Four Loves London 1960 p.111

⁵ ed. by Bede Bailey, Aidan Bellenger and Simon Tugwell, Letters of Bede Jarrett Downside and Blackfriars 1989 p.180

⁶ Law, love and language p.22

⁷ Josef Pieper The Four Cardinal Virtues Notre Dame 1966 p. 156

⁸ Quoted Herdman op.cit p.87

⁹ John Mood Rilke on Love and Other Difficulties, translations and Considerations of Rainer Maria Rilke, New York 1993 27ff. quoted by Hederman op.cit. p. 81

¹⁰ Lost Icons p.153.

¹¹ Becoming Human p.7

¹² op. cit. 96

¹³ op.cit 105

¹⁴ Lost Icons p.156

¹⁵ op.cit. 184

¹⁶ Collected Shorter Poems 1927 – 1957 London 1966 p. 282